

ALFAGUARA



Ana Maria Machado

Sol tropical
de la libertad

Traducción de Roser Vilagrassa

La casa era sólida y soleada, con sus ventanas abiertas al viento y sus terrazas repletas de hamacas. Acogedora como una gallina que abre sus alas para resguardar a los pollitos de la lluvia. La mujer lo sabía. Desde siempre. Y hasta la incomodaba eso de ser demasiado hospitalaria, incapaz de respetar la intimidad de los demás habitantes. Cuando era niña solía ser motivo de jerga y alegría. Montones de primos y amigos se juntaban en vacaciones y dormían en cuartos abarrotados de literas, hamacas y esteras por todo el suelo. Luego, cuando era adolescente, también era divertido: llegaban de parranda y se ponían a hablar en voz baja, a oscuras, hasta la madrugada, procurando no despertar a los padres o a los hermanos pequeños, que dormían en otras habitaciones. Sin embargo, la niña también supo siempre que esto comportaba la desventaja de ser invadida. En la casa siempre había lugar para uno más. Y al final, siempre dejaba de ser su lugar.

Qué extraño resultaba ahora regresar a aquella casa en busca de ese lugar, tantos años después. O en busca de sosiego quizá. Mientras su madre estuviera allí, sabía que siempre había un lugar para ella. De alguna manera, se las arreglaban para que así fuera. Aunque para ella el sosiego no fuera parte del mobiliario.

Con todo, había tenido el impulso de ir. A partir de ahí fue fácil. Bastó una llamada, un trayecto en avión, quince minutos con su madre en el coche desde el aeropuerto y, en menos de dos horas, la gran ciudad ya estaba lejos, y el pueblo era un paisaje que quedaba atrás. Y la mujer podía tumbarse al sol con el pie en alto el tiempo que quisiera, sin que nadie tropezara con ella y entorpeciera la recuperación de la fractura. La casa era sólida y soleada, eso lo sabía de siempre. Pero ahora estaba

vacía, no eran vacaciones, ni ella jugaba, ni estaba de juerga. Era sólo una mujer lastimada que necesitaba encerrarse en un refugio y lamerse las heridas hasta que cicatrizaran.

Podía hacerlo en cualquier parte del mundo. Ni ella misma sabía por qué había ido a la casa. Tal vez quería sentirse arropada por su madre. Pero reconocerlo habría sido algo inusual. Porque ella no sabía pedir, y su madre no sabía dar. Pero cuando sintió ganas de acudir, acudió. Todo significaba algo. Incluso el pie roto, literalmente roto, y no cuento ni verso de pie quebrado. El día que se lo rompió y le dijeron que debía hacer reposo absoluto, llamó por teléfono al psicoanalista:

—Mira, hoy no podré ir. Es que me he roto el dedo gordo del pie.

—Muy bien. Ven cuando puedas.

Su voz tenía un leve tono de mofa.

—No te rías, que es en serio. Me lo he roto de verdad. El dedo gordo del pie derecho. Ha sido esta mañana.

—¿A que adivino cómo ha sido?

Estaba segura de que el psicoanalista mencionaría algún caso parecido, como ya le habían contado media docena de veces en un mismo día. Pero ella accedió:

—A ver, prueba. Aunque dudo que aciertes...

Recordó el diagnóstico del ortopedista al ver el pie: una fractura típica de alguien que se golpea el pie contra una cama o un sillón, algo muy común, sin importancia; bastaría con inmovilizarlo, ni siquiera haría falta enyesar. El clásico ejemplo de un dedo que se tuerce hacia atrás al chocar contra la pata de un mueble.

—Te diste contra una pared, en tu casa por dentro.

—Sí, claro, vivo en un piso... —bromeó ella.

Pero no hizo gracia. Recordó cómo sonó el teléfono de pronto y ella se levantó del sofá del salón sobresaltada, corriendo, y, sin saber cómo ni por qué, no calculó bien la dimensión de la puerta del pasillo y le dio una patada al canto del umbral con todas sus fuerzas; soltó un grito de dolor, mientras el dedo ya empezaba a hincharse y se ponía rojo.

Se dio cuenta de que la pausa al teléfono se alargaba demasiado y preguntó:

—¿Cómo lo has adivinado?

—No es cuestión de adivinar. Te conozco... Te pasa constantemente... Sólo que esta vez ha sido literal.

—No fastidies... Ya te volveré a llamar.

—Muy bien, no te preocupes. Ven a la sesión siguiente. O, si no puedes, avisa.

Se quedó pensando. ¿Tan evidente era? A lo mejor él mismo se había dado un buen golpe alguna vez. A lo mejor era verdad que ella se pasaba la vida chocándose con las paredes de casa, topando con sus límites, tratando de cruzar fronteras y ampliar territorios, pero siempre de la manera más atolondrada. Algo sobre lo que reflexionar. Pero en otro momento.

Y ahora, tumbada en el suelo del patio con el pie apoyado en un banquito, trataba de pensar en eso. Pero no podía. Al fin y al cabo, ¿para qué? Ahora no le hacía falta. Ahora sólo había que disfrutar del momento de estar allí. Sintiendo el sol en la piel, eterno remedio para todos los males. Sólo había que cerrar los ojos y abandonarse al calor. Si es que los insectos la dejaban. No había mosquitos, pues mientras la brisa del mar soplara con fuerza ninguno saldría. Pero hormigas sí. Espantó las que le estaban subiendo por el hombro. Abrió los ojos. Miró las hormigas minúsculas y rojizas que vagaban, atontadas, entre el vello fino de su brazo, rubio por el sol. Pero la luz le molestaba. Mejor taparse la cara con el sombrero. Así, mucho mejor. Si miraba hacia arriba, a través de la paja, sólo veía fragmentos de sol que parecían estrellas, pequeñas y unas pocas. La piel del rostro picaba un poco al contacto con la fibra endurecida, con su añejo olor salvaje mezclado con un ancestral olor a mar que impregnaba todos los objetos de la casa. Volvió la cabeza ligeramente a un lado para mirar a las hormigas.

Disfrutaba de estar allí de aquel modo, en aquel momento de su vida, contemplando bichitos. Una vez más. Como si lo hubiera hecho siempre, día tras día. Se acordaba de que en esa misma playa, cuando todavía no había llegado la luz eléctrica, su abuela materna solía contar historias por las noches desde la hamaca, que chirriaba en su vaivén, ñic-ñic, ñic-ñic. Y contaba la de Miguelzinho, un niño que dejaba lo que estuviera

haciendo para ponerse a mirar a las hormigas. No recordaba nada más de la historia. Pero recordaba que era su preferida. Tenía que preguntarle a su madre si la conocía. Pero luego, cuando se levantara, cuando entrara y hablara con ella. Ahora no. Ahora sólo quería mirar dentro de sí. O fuera. Mirar, mirar cuanto fuera visible. Como en ese momento, en que seguía el ir y venir de los bichitos, y vio una hormiga que venía de un lado y otra que venía de otro; al encontrarse, se detuvieron una frente a la otra. Estaba segura de que se estaban diciendo algo. Lo sabía desde pequeña. Desde antes de haber leído las *Reinações de Narizinho** y entrar en los reinos de todas las maravillas. Desde antes de haber ido a la universidad y haber aprendido el método de Frisch para estudiar el lenguaje de las abejas. Desde antes de que existiera la casa. Estando aún en la casa vieja de la abuela, recordaba un carnaval en que se vistió de *saiúva*** para el tradicional baño de mar con disfraces, toda cubierta de hojas de almendro, prendidas en el bañador. Bañador, por otra parte, horrible, que le apretaba cuando estaba seco, y le irritaba la entrepierna cuando se mojaba. Pero las hormigas que contemplaba ahora eran bastante menos interesantes que las arrieras y las hormigas de fuego. Eran unas simples hormigas comunes, sin gracia, que iban de las hojitas recién regadas del césped a las piedras, pasando por la arena que cubría el jardín.

Las piedras. ¿Cómo era posible? La mujer creía que lo sabía todo de aquella casa, de su sol, de su solidez, de su soledad. Pero ahora se sorprendía al ver las piedras que asomaban tras el cemento roto del escalón agujereado, bajo el empedrado que llevaba a la terraza. Las piedras que sostenían la casa. Las piedras que estaban allí desde que recordaba. Las mismas piedras que siempre estuvieron ahí. Al fin y al cabo, fueron lo primero que vio de aquella casa, cuando el jardín todavía era un terreno plantado de maíz a la orilla del mar. Cuando las piedras todavía asom-

* Popular libro infantil de Monteiro Lobato, publicado en 1931 y considerado una de las mejores obras de la literatura infantil brasileña. (*N. de la T.*)

** Género de hormigas *Atta* extendido por América, grandes y de color rojizo, también conocidas, entre otros nombres, como hormiga arriera u hormiga cortadora por su capacidad para cortar hojas y transportarlas. (*N. de la T.*)

braban a la niña, como algo extraño, una línea de arrecifes anclada en un maizal. Y es que, en realidad, las piedras no eran piedras. Ni siquiera cimientos. Eran rocas sacadas del agua, que un pescador había traído del mar.

Poco antes de aquello, había muerto su abuelo paterno. Dos años atrás quizá, difícil de recordar, pues era una época de la infancia siempre muy confusa. Sólo sabía que había pasado suficiente tiempo para que hubieran acabado el inventario e iniciado la obra; fue el día que visitó la casa por primera vez. Con el dinero que aquél había dejado, que no era mucho, sus padres habían decidido edificar el terreno heredado de sus abuelos maternos, situado en un extremo de la playa. Era un lugar que avanzaba mar adentro, barrido por el viento, donde se arraigaban las matas de *aroeiras** y *pitangueiras*** que casi tapaban la servidumbre que conducía a la fuente, reducto de las mujeres del pueblo, donde sostenían interminables conversaciones mientras lavaban la vajilla, arenaban las sartenes, restregaban y azotaban la ropa contra las piedras, o simplemente acudían para llenar con agua potable el cántaro, que luego cargaban, equilibrándolo con el rodete sobre la cabeza. Para aquella niña pequeña era un territorio en el fin del mundo, en medio del campo. Al principio, no le había hecho gracia la idea y le preocupaba lo que pudiera pasar:

—Cuando la casa esté acabada, ¿iremos a pasar allí las vacaciones?

—Sí, hija mía. Y haremos una buena casa, confortable. Así, cuando papá y mamá sean viejitos podrán irse a vivir allí...

—¿Entonces ya no iremos de vacaciones a casa de la abuela? ¿Nos quedaremos en la casa nueva solos, lejos de todo el mundo?

—No estaremos solos. Somos unos cuantos. Y todos los tíos tendrán también una casa separada, un trozo del terreno, uno al lado del otro. Ya no cabemos todos en casa del abuelo. Vosotros estáis creciendo, la familia está creciendo, no cabe...

* Fruto también conocido como pimiento brasileño. (*N. de la T.*)

** Fruto conocido también como cereza de cayena. (*N. de la T.*)

—Pero estaremos lejos...

La niña se dio cuenta de que era una batalla perdida. Los mayores ya lo habían decidido. Ni siquiera sabía por qué seguía insistiendo. Le estaban diciendo lo que esperaba oír, como si ya lo hubiera vivido antes:

—¡Qué va a estar lejos! No seas boba, Lena. Está ahí mismo, al final de la playa. Podrás ir a la casa de tu abuelo en una carrera, o en bicicleta...

Sin embargo, como si tuviera una tendencia compulsiva, ella argumentaba:

—¿Y cuando sea de noche? No podré ir sola en medio de la oscuridad...

—Si ya no querrás ir. Pero ya verás como los demás sí que vendrán a nuestra casa. ¿Y sabes por qué? Porque pondremos un motor, un generador, y nuestra casa tendrá luz eléctrica. Podremos leer, escuchar la radio, hacer un montón de cosas...

—¿Cuándo estará terminada?

—Uf, aún falta mucho... Hay que limpiar el terreno, hay que diseñar el plano, hay que comprar los materiales, hay que poner los cimientos, hay que...

Con esto se quedó tranquila. Cuando los mayores decían que faltaba poco para algo, tardaba mucho en ocurrir. Imagínate cuando ellos mismos decían que faltaba mucho para algo. No necesitaba preocuparse. Tenía aseguradas las vacaciones en casa de la abuela, con toda la animación de la casa llena, donde cada uno se preparaba su plato y salía a comer fuera, bajo el árbol, por falta de sitio en la mesa.

Su padre y su madre soñaron con construir aquella casa durante mucho tiempo. Hacían y deshacían diseños, discutían, y cuando se los enseñaban, ella no entendía nada. Un día la fue a ver más de cerca. Su padre estaba sentado, con unos papeles en la mano, en un sillón que había en la casa del abuelo, con una forma muy rara, que le valió el apodo de «la apoltronada». Era achaparrado, con los brazos largos, todo recto, de madera. Un sillón traicionero, porque si alguien se sentaba sin cuidado sobre un brazo, podía caerse todo de una vez, sillón y ocupan-

te, y volcarse. Pero sólo ocurría cuando no había nadie sentado para equilibrarlo. Ese día, mi padre estaba sentado en él, con una de mis hermanas en el regazo, y mi madre a un lado. Ésta se levantó para situarse al otro lado del sillón, con mi otro hermano.

—Mirad cómo será nuestra casa.

La niña miró los planos, y no le parecieron una casa. Antes de que pudiera decir nada, su hermano se adelantó:

—¿Quieres que la dibuje yo, papá? Haré algo que se parezca más a una casa...

El padre se rió y explicó que lo que estaban viendo era un dibujo desde arriba, como si hubieran quitado el tejado. Que aquellas rayas eran las paredes, y los agujeros, las puertas. Y fue señalando:

—Éste será nuestro dormitorio, el de al lado será el de las mayores, el de al lado el de los pequeños... Esto será la sala de estar. En el otro lado estará el cuarto de los niños y la habitación de invitados.

—¿Y esto de aquí? —quiso saber mi hermano.

—Esto son los balcones —explicó mi madre.

Estaba todo allí, sobre el papel. Como si fuera una casa encantada. Cabía enterita en un dibujo. Y cuando fueron a ver el terreno las vacaciones siguientes, estaba limpio de maleza y habían plantado maíz. En un momento, primos y hermanos descubrieron que era divertido jugar a indios y vaqueros en el maizal. A veces, mientras jugaban, se topaban con los cimientos. Pero no sabían muy bien qué eran. Hasta que un día, padres y abuelos fueron a ver la casa con los niños. Y, por las explicaciones, Lena empezó a entender que aquellas piedras alineadas en el suelo formaban el mismo diseño que ya había visto sobre el papel con su padre, salvo que ahora eran del tamaño que iba a tener la casa de verdad. Aquellas líneas de piedras delimitaban la línea de las paredes, conformaban la división de las habitaciones, cimentaban toda la casa, el interior y el exterior de todos los lugares que un día existirían. Pero de momento sólo había piedras.

Ahora, años después, tumbada al sol, la mujer miraba a las hormigas ir y venir entre esas mismas piedras que apenas aso-

maban, enterradas cual tesoro. Y se daba cuenta de que su mirada urbana estaba también deformada. No eran hormigas sin gracia. Cierta, eran minúsculas. Pero eran vida en efervescencia. No paraban, estaban en constante movimiento, del césped a los cimientos incrustados bajo la casa, de la tierra húmeda a la orilla seca. Y eran todo un mundo.

Tal vez por eso la casa era sólida. Porque había sido plantada en la tierra, en medio del maizal, madurado al sol, atravesada por el viento, sobre los ecos petrificados de un océano Atlántico con tanta historia. Piedras. Rojizas, a veces casi rojas, a veces tirando a negro, retorcidas, repletas de viejas conchas incrustadas, suavizadas aquí y allá por la insistencia del embate más obstinado de las olas. Caladas de agujeros que otrora fueron escondrijos de peces entre las algas. Allí, delante de la casa, dentro del agua, la línea de rocas continuaba y no parecía echar en falta aquellas que el viejo señor Joaquim trajo un día para edificar sobre ellas la casa, acaso evocando alguna parábola bíblica. Uno todavía podía entretenerse en el mar, entre las rocas, ir con los niños, con un cubo en la mano, coger peces pequeños y conchas, o ponerse unas gafas de buceo y contemplar la densa danza silenciosa de los colores cambiantes y salados. Pero ya nadie pescaba langostas en aquel jardín marítimo con la precisión de los pescadores de antes, que seguían los ciclos de la luna y respetaban la cría, que conocían cada cueva y eran capaces de coger estos animales con la mano desprotegida, sin hacerse daño con los agujijones que asomaban de los caparazones duros.

El sol calentaba.

Sería agradable darse un chapuzón en el mar. Pero como debía mantener el pie inmóvil y no podía llegar a la orilla, ni entrar en el agua, sólo podía intentar remojarse allí mismo, con el chorro de la manguera del jardín. Quizá lo haría en un rato. Con el dorso de la mano, Lena se limpió el sudor allí donde más le molestaba, sobre la boca.

El movimiento le descolocó un poco el sombrero de la cabeza y amplió su campo de visión, lo cual le reveló el almendro, el columpio de los niños colgado de una rama, y la gran

mesa de madera cruda, clavada en el suelo, a la sombra del árbol. La mujer sonrió. Si un día tuviera que escribir una canción sobre el exilio, diría que en su tierra crecían los almendros. Y si tuviera que elegir un árbol como morada de su dios particular sería, sin duda, el almendro. Su tótem. Árbol furiosamente desmelenado, cargado de alucinaciones estacionales. Capaz de crear su propio otoño de fuego más de una vez al año, en los momentos más inesperados. Capaz de deshojarse en lágrimas secas y decretar su invierno individual en los trópicos, para luego resurgir, glorioso, en una suave primavera de tiernos brotes rosáceos, antes de enloquecer en exuberantes verdes de sombra, según un calendario que sólo se regía por el pulso de su savia. Quizá, un día, la mujer aprendería, como el árbol, a librarse de las hojas caducas de vez en cuando y buscar en su interior, en su pecho, las ganas de volver a nacer para iniciar un nuevo ciclo. Quizá... Y si algún almendro se lo podía enseñar era, sin duda, aquél. Aquel viejo conocido. No tenía tantos años como las piedras, pues fue plantado después. Pero sí tenía una convivencia más atenta. Desde el plantón que trajimos del huerto con otros tres. Todos más o menos del mismo tamaño, plantados el mismo día, por las mismas manos maternas, en el mismo jardín. Uno prosperó poco; creció justo en medio del paso de las hormigas arrieras, que venía de lejos en dirección al flamboyán. Las hormigas se lo comieron varias veces. El almendro se quedó enano, esmirriado. Otro ni siquiera llegó a crecer, y nunca se supo por qué. El que estaba detrás de la casa se cubrió de hojas; era bello, solemne, frondoso. Pero había crecido más despacio. Y el que había a su lado, y que podía contemplar desde la ventana de su habitación, entre los cocoteros, era *el suyo*.

Era imposible saber si había sido por arte de una semilla privilegiada, por una fecundación rica, o por alguna sustancia particularmente nutritiva que pudiera haber en aquel bancal de tierra, pero lo cierto es que, más adelante, ese almendro destacó entre todos los demás plantones que trajimos del huerto aquel primer día que plantamos en el patio. Al final de las vacaciones, ya estaba firme y había crecido. A los pocos meses, era un arbusto considerable, ya casi tan alto como la niña (como

demostraba una fotografía conservada en un álbum hasta el día de hoy). Al verano siguiente, ya era bastante más alto que la adolescente. Ahora, resultaba incluso cómico imaginar que un día aquella mujer tan frágil que estaba allí, tumbada en el suelo, pudiera comparar su tamaño con el de uno de aquellos árboles, con el aspecto centenario que había adquirido el tronco áspero y rugoso que alzaba sobre sí una copa tan grande que los pescadores la avistaban de lejos, desde el mar, desde más allá de la ensenada, y la usaban de orientación para trazar su rumbo sobre las olas y regresar al pueblo. Y para eso el almendro era perfecto. Era un punto de referencia bien plantado, norte de una brújula casera que indicaba el camino de vuelta y extendía la bienvenida. Era un almendro sólido y soleado como la casa, con la que hacía una pareja armoniosa y bien proporcionada. Sombra protectora.

Sombra, por otra parte, que se agradecería. El calor empezaba a ser insoportable. El sol señalaba el momento en que iba a romperse el encanto, el momento de quietud, de moverse, de decir algo, de salir de allí. Al darse cuenta de que no podría levantarse sola, de que necesitaría apoyo, llamó bien alto a su madre, que estaba dentro:

—¡Mamá!

La voz respondió tan cerca y tan bajo que hasta la asustó.

—Estoy aquí, hija. ¿Quieres que te ayude a ponerte de pie?

—Sí, por favor.

Y mientras su madre se levantaba de una tumbona que había detrás de su hija, ésta sintió una leve irritación al reparar en su presencia. ¿Durante cuánto tiempo la vigilaría su madre? Claro que una presencia materna tan próxima podía tener otro significado. ¿Durante cuánto tiempo estaría su madre a su lado, velándola en silencio? ¿Por qué Lena siempre tenía que reaccionar con aspereza, mostrarse celosa de su territorio, sentirse invadida? Todo podía ser mucho más simple... Pero ¿por qué Amália no había dicho nada?, ¿por qué no le había dado alguna señal para indicar que estaba cerca?

—¿Hace rato que estás ahí, mamá? Ni te he visto llegar...

—Estabas tan pensativa que me ha parecido mejor no interrumpirte. Estaba sentada mirándote. Estás tan delgadita, hija mía, tienes que comer más...

Los años pasaban, pero la cantinela era la misma. Esta niña no come, ya no sé qué inventar, la hora de comer es un infierno todos los días...

—¿Hace mucho rato? —insistió.

La respuesta fue vaga.

—Más o menos...

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque he pensado que era lo mejor...

Claro, para eso están las madres, para pensar lo mejor para los hijos y hacerlo. Lena sentía que el cariño era fuerte y verdadero. Y esta vez estaba de acuerdo con ella.

Su irritación era otra, atávica. Por lo menos, de la época de su primer novio, de la primera conciencia, a los quince años, cuando su madre leía las cartas que él le escribía y que Lena guardaba en un cajón, sin pedirle permiso, siempre «por tu bien, es mejor así». Pero no tenía ningún sentido enfadarse por esas cosas tantos años después. Tendría que haberse opuesto, haberse enfrentado a ella, haber marcado su territorio entonces. Había soportado tantas cosas durante tanto tiempo que ahora no servía de nada soltarlo todo de repente. Tenía problemas mucho más apremiantes. Y necesitaba calma y cariño para despejar las telarañas de su cabeza. Era preferible canalizar el afecto hacia manifestaciones concretas.

—Hace un calor horroroso, ¿verdad, mamá? Me apetece entrar un rato. Podríamos preparar una limonada, como a ti te gusta...

—Encargué anacardos para ti. Si quieres, los exprimimos en un momento.

Y las dos mujeres fueron a la cocina, como tantas hembras humanas lo han hecho a lo largo de los siglos. Esta vez no iban a rehogar cosas que no se habían dicho, ni a aderezar con emociones guardadas el alimento de la cría o del guerrero. Pero los silencios escogidos, despojados de impurezas como los granos de judías, las acompañaban, según la mejor tradición feme-

nina, para almacenarlos y tenerlos siempre a mano en una despensa repleta, o para congelarlos y usarlos en el futuro.

Incluso cuando en apariencia sólo fueran dos hermosos animales que tenían calor y mataban la sed con zumo de fruta exprimida.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

Sobre la autora

Ana Maria Machado nació en Río de Janeiro. Antes de convertirse en una de las escritoras brasileñas más importantes de la actualidad, fue pintora, periodista y profesora universitaria. Su obra, de más de cien títulos, fue traducida en dieciocho países, con millones de ejemplares vendidos. Además de nueve novelas notables, entre las que se cuenta la aclamada *Sol tropical de la libertad*, ha escrito libros para niños. Entre sus numerosos galardones destacan el Premio Hans Christian Andersen —el más prestigioso de la literatura infantil— en 2000, y el Premio Machado de Assis, por el conjunto de su obra, en 2001. En 2003, fue elegida miembro de la Academia Brasileña de las Letras y en 2011, presidenta de esta institución.

www.anamariamachado.com